

También en esto sigamos el ejemplo del Doctor Angélico, que nunca se puso á leer y escribir sin haberse hecho propicio á Dios con sus ruegos, y el cual confesó cándidamente que todo lo que sabía no lo había adquirido, tanto con su estudio y trabajo, sino que lo había recibido divinamente; y por lo mismo roguemos todos juntamente á Dios con humilde y concorde súplica que derrame sobre todos los hijos de la Iglesia el espíritu de ciencia y de entendimiento y les abra el sentido para entender la sabiduría. Y para percibir más abundantes frutos de la divina bondad, interponed también delante de Dios el patrocinio efficacísimo de la Virgen María, que es llamada asiento de la sabiduría, y á la vez tomad por intercesores al bienaventurado José, purísimo esposo de la Virgen María, y á los grandes Apóstoles Pedro y Pablo, que renovaron con la verdad el universo mundo corrompido por el inmundo ceno de los errores y le llenaron con la luz de la celestial sabiduría.

Por último, sostenidos con la esperanza del divino auxilio y confiados en vuestra diligencia pastoral, os damos amantísimamente en el Señor á todos vosotros, Venerables Hermanos, á todo el Clero y pueblo, á cada uno de vosotros encomendado, la apostólica bendición, augurio de celestiales dones y testimonio de nuestra singular benevolencia.

Dada en Roma, en San Pedro á 4 de Agosto de 1879. En el año segundo de nuestro Pontificado.—León, Papa XIII.

ARTICULO IV.

PASTORAL DIOCESANA DE 1879 SOBRE LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

«La Enciclica Eterni Patris, cuyo texto castellano, proporcionado por la Nunciatura Apostólica, publicamos ahora, se refiere á la restauración de la filosofía cristiana, y al método de su enseñanza, que exige el bien de la reli-

gión y la misma dignidad de la ciencia, y aunque en este concepto no afecte inmediatamente á la generalidad del pueblo fiel, que sin el aparato de complicados procedimientos filosóficos, y conducido por la razón sencilla y la gracia de Dios cree las verdades reveladas que le propone la santa Iglesia, y comprende la belleza de la fe, como comprende la magnificencia de los cielos y la hermostrura del universo sin el estudio prolijo de las leyes, por que se rigen; no queremos sin embargo dispensarnos de hacer sobre este documento notable algunas reflexiones, que presentamos á la consideración de los que se dedican por afición ó por deber al estudio de las ciencias, y de alguna manera pueden contribuir á dar á la filosofía, en cualquiera de sus partes, la dirección que con tanta insistencia recomienda el Padre Santo, y que tanto podría realzar al humano saber, dando á las ciencias la guía que les falta.

La veneración profunda á las enseñanzas de la Santa Sede no humilla á nadie. El filósofo lo mismo que el hombre sencillo, el sabio lo mismo que el ignorante, pueden doblegarse sin sentirse mortificados, á sus correcciones y á sus avisos. La Iglesia, desde que fué fundada, es la escuela de la humanidad y en ella ha aprendido ésta lo principal que sabe y saberse puede acerca de Dios, del hombre y del mundo, del origen y destino de las cosas, en cuanto son objeto de las especulaciones propiamente filosóficas. El Papa es el primer maestro de esa escuela, donde se han formado los grandes filósofos, los grandes teólogos y los más sabios legisladores. En ella, al calor de las ideas cristianas, han nacido las ciencias, la literatura y las artes, la civilización del mundo y todo lo que constituye nuestra superioridad intelectual y moral sobre el antiguo mundo, y del mundo cristiano sobre el que no lo es. Pertener á esa escuela, ser discípulo del Papa, es ser discípulo de Cristo. Quien no se avergüenze de ello, quien se glorie de serlo, inclina respetuosamente la frente ante la palabra que sale del Vaticano, y sin sentirse herido en su digni-

dad de hombre ni de filósofo, hermanando cuerdamente el saber y la fe, se coloca tranquilamente bajo el magisterio del augusto Jefe de la Iglesia, al lado de tantos hombres ilustres, de tantas eminencias en toda clase de conocimientos, que sin perjuicio de su genio han honrado á la Iglesia en su larga vida al través de los siglos. La fe no mata al genio; lo conduce. Las trabas, que la fe impone, son bien dichosas, porque le prohíben ser ateo, fatalista, jibertino; porque le vedan renegar de sí mismo y rebajarse al nivel de los brutos, y porque le impiden perderse en aquellas áridas especulaciones, de donde no sale sino la desesperación y la duda. Fuera de los misterios cuyo asenso la fe nos exige como un obsequio razonable, fuera de las verdades del orden natural, que son base firmísima de todo procedimiento filosófico, quedáman á la especulación humana anchurosos espacios que puede recorrer, inmensas alturas, á que puede remontarse y si no puede pasar más allá, si no puede subir más, no es porque le falta la libertad, sino la luz, lo mismo que el águila al llegar á regiones muy elevadas detiene su vuelo, no porque le falte coraje, sino porque el aire ya no la sostiene.

Al dirigir San Pablo su mirada á la capital del mundo pagano, á Roma, al abalanzarse con su celo de Apóstol hacia ese centro de la cultura pagana, encontró indignidades vergonzosas, filósofos que detenían la verdad en la injusticia, hombres desvanecidos en sus pensamientos y entregados á todas las ignominias, llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de maldad: llenos de envidia, de homicidios, de contiendas de engaño, de malignidad, chismosos murmuradores, aborrecidos de Dios, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fe, sin misericordia. Ante tan triste espectáculo bien podía exclamar como exclamaba con la fe profunda del enviado de Dios: «Non erubesco Evangelium. Virtus enim Dei est in salutem omni creden-

ti.» (1) No me avergüenzo del Evangelio, que es virtud de Dios para salud á todo el que cree.» Idéntica expresión pueden repetir con santo orgullo los filósofos católicos al dirigir una mirada al campo opuesto del racionalismo. ¿Qué ha sucedido allí? De negación en negación se ha llegado á negar á Dios, á negar la familia, á negar el gobierno y á negar la propiedad; es decir, á la negación de todo lazo religioso, de todo lazo doméstico y de todo lazo político y social. La razón emancipada de la fe ha producido eso. Obra suya son la escuela panteísta, la escuela materialista, la escuela atea, la escuela positivista, la escuela trasformista, la escuela socialista que en el seno de las sociedades modernas levantan sus cátedras desafiando el sentido religioso, que todavía queda en los pueblos como resto de otros tiempos más cristianos. Obra suya es ese pobre pueblo que en todas partes se ha formado, reducido, despojado de sus creencias, que todo lo espera de la tierra y nada espera del cielo. Ese río de cieno, que corre por las naciones desde hace tres siglos, tiene su origen en la razón emancipada de la fe, y aumentando siempre su caudal su cío amenaza inundarlo todo, si Dios no lo remedia y los esfuerzos de todos no se conjuran para impedirlo.

El mal es grande. No se trata ya de un reducido número de sectarios que conspiran en el secreto de las tinieblas, sino de asociaciones organizadas, que trabajan á la luz del día, viven á la sombra de la ley y esparcen sus doctrinas en una nube de diarios, de folletos y de libros. León XIII en la Encíclica «Quod Apostolici muneris,» publicada aun no hace un año, señalaba ese gravísimo mal y sus peligros, y proponía el Evangelio como la única solución posible para todos los conflictos y como el único escudo contra todos los errores.

La Encíclica «Eterni Patris» que hoy publicamos nos parece una nueva página añadida á la que hemos citado, para desarrollar y completar el mismo pensamiento y ro-

(1) Ep. ad Rom., cap. I, v. 16.

bustecer la acción salvadora de la Iglesia en su lucha diaria contra todos los errores y en su misión de salvar al hombre y la sociedad. La filosofía impía, la irreligión en la filosofía, ha hecho un inmenso daño á los intereses católicos. Una ciencia parricida se ha empeñado en abolir en el espíritu humano la noción de la verdad y en separarle de Dios, que es su principio y su centro, y preciso es que en frente de ella se levante otra, que en estrecha alianza con la fe sirva á sus intereses y contraresté la perniciosa influencia de la filosofía irreligiosa. Este es el pensamiento dominante de la Encíclica. El Pontificado ha ido siempre á la cabeza de las grandes empresas, y fiel á su misión en esta hora de extravío y de peligros, sanciona una restauración, que está destinada á ser fecunda para regenerar la ciencia dirigiéndola y dando bases sólidas á la primera de las ciencias naturales, á la filosofía, que es el cimiento de las demás.

Por desgracia, en nuestros tiempos, si bien se fomentan las ciencias, se da importancia escasa á la dirección que toman como si no tuviera trascendencia alguna, y aun se atribuye á las especulaciones filosóficas la inviolabilidad de una cosa sagrada, y se concede plena libertad á los sistemas de filosofía, por más hostiles que sean á la religión. Se puede profesar impíamente la doctrina de que la propiedad es el robo, defenderse esa teoría en libros y en folletos; se puede sostener el ateísmo, rechazar toda religión, combatir sus fundamentos y los de todo orden social: eso no tiene censura alguna, se mira como una cosa inocente; y sólo cuando las ideas se traducen en hechos, cuando el desgraciado que ha sido seducido por esas teorías las realiza y se apodera de lo ajeno, ó bien trastorna el orden social, los rigores de la ley y las iras del poder público caen sobre él como un malhechor, y purga con el castigo el hecho, en cuya legitimidad ó inocencia se le había permitido creer. Olvidanse con pasmosa facilidad los sabios del mundo que las ideas no permanecen solitarias en la

región de la inteligencia; que hay un estrecho vínculo entre ellas y las costumbres, entre los principios é identidad de objetos, sin más diferencia que el primero se refiere al orden de la inteligencia y el segundo al orden material. Ambos proclaman la soberanía del individuo, ambos tienden á la emancipación de toda traba, el uno de las que la religión impone, y el otro de las que impone la sociedad doméstica y civil.

En la doctrina católica no es esto así. Las convicciones pueden ser y muchas veces son culpables. La fe es una obediencia «ad obediendum fidei in omnibus gentibus pro nomine ejus» (1) y la obediencia no puede negarse á Dios. El hombre entero en su alma y en su cuerpo, en su entendimiento y en su voluntad, en todas sus potencias y sentidos, está sometido á su Criador. No hay derecho, no hay franquicia contra la soberanía de Dios, y mucho menos, si la comparación cabe en esto, podría alegarla el entendimiento, que es la potencia más noble y más elevada del hombre, la que dirige y gobierna las demás. La fe es la primera de las virtudes, el primer homenaje que tributamos á Dios. Cuando se le niega, el hombre entero se sustrae á su dominio, y cuando se le otorga, puede decirse que el hombre está ya sometido á Dios. Si el espíritu se le doblega humildemente como á su Criador, la carne se somenta al espíritu, y se le revela é injuria vergonzosamente cuando él se ha revelado contra Dios. «Si auctorem suum superbiendo contemnit jure et a subiecta carne praelium suscipit. Unde et primus ille inobediens, mox ut superbiendo peccabit pudenda contextit. Quia enim contumeliam spiritus Deo intulit, mox contumeliam carnis invenit» (2). El hombre no es libre para creer ó no creer. Está obligado á un homenaje completo del entendimiento y de la voluntad al Dios revelador. «Si alguno dijere que la razón humana es de tal suerte independiente que Dios no puede mandarle la fe, sea anate-

(1) Ad Romanos c. 5 v. 5.—(2) S. Gregorio Lib. 26 Mor. 6, 13.

ma (1). La incredulidad, venga con el nombre que viniere de cualquier modo que se establezca, bajo cualquier título que invoque, es un enorme delito. La filosofía no puede alegar exención alguna. La soberbia del filósofo, ó la osadía de sus especulaciones no pueden ser un título que cohoneste la transgresión del precepto divino, porque de cualquier manera la incredulidad es contra el Evangelio de Cristo y separa al hombre de Dios. Si alguno dijere que las ciencias humanas deban ser tratadas con tal libertad que sus aserciones, aunque se opongan á la doctrina revelada, pueden sostenerse como verdaderas, y la Iglesia no puede proscribirlas: sea anatema (2). La filosofía cristiana es la paz entre la razón y la fe, y la filosofía incrédula es la guerra entre aquellas dos hijas del cielo. El Verbo de Dios de quien procede la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, es también el autor de nuestra fe. Esta y la razón son dones de Dios entre los cuales no cabe oposición. Por medio de la luz de la razón ha dado la facultad de conocer las cosas naturales, y por medio de la fe infunde el conocimiento de las cosas sobrenaturales, manifiesta otras del orden natural y las pone al alcance de todos, librándolas de aquellas cavilaciones en que la razón humana tan fácilmente se enreda, y protegiéndolas contra la inercia de los hombres.

El orgullo se ha irritado muchas veces contra la oscuridad de los misterios, y la razón oscurecida por él ha evocado lucas siniestras para negarlos y para negar también en odio á la fe aquellas verdades naturales, que son su cimiento. La Iglesia está acostumbrada á estos combates. Ya desde su nacimiento tuvo en frente de sí, no sólo el poder de los emperadores y las preocupaciones de los pueblos, sino también el crédito de los sabios del mundo, *la filosofía y la vana falacia*. El mismo hecho se ha renovado en el transcurso de los siglos, y la Iglesia, segura de

(1) Concilio Vaticano Ses. 3.^a C. 3. Canon 1.^o.

(2) Concilio Vaticano Ses. 3.^a C. 4. Canon 2.

sí misma para custodiar el sagrado depósito de la revelación, ha tenido que proscribir siempre la falsa ciencia y defenderse de sus ataques y sofismas. Por eso la Iglesia no sólo ha necesitado de Apóstoles, de pastores y de mártires sino que también de Doctores, y Dios la ha dotado de ellos. Para cumplir el mandato de Jesucristo de enseñar á todas las gentes, además del apóstol, que lleva la palabra de Dios á todos los pueblos, además del pastor que los alimenta con la verdad, que aquel ha predicado, además del mártir, que la honra y defiende con su sangre, eran necesarios hombres de elevado genio, que añadiendo á una fe tranquila y firme un razonamiento profundo y una vasta ciencia, facilitasen la concepción de la fe, diesen á sus verdades la claridad que admiten, y al conjunto de la Doctrina revelada el carácter científico, que la enaltece, y la defendiesen, en fin, contra ese odio misterioso que el mundo ha jurado á la verdad y que le excita á menudo no solamente las persecuciones de la fuerza sino la conjuración más peligrosa de los filósofos, de los eruditos y de los políticos. La Iglesia se defendió de la violencia con la sangre de los mártires, que era semilla de cristianos en expresión de Tertuliano, y se defende de la ciencia, de la literatura y de la política con la apología y la Teología. Dios suscitó en todos tiempos hombres eminentes, que demostraron las bellezas de la fe, y desenvolvieron todas sus verdades en la Teología, que no por estar tan poco considerada hoy, ha dejado de ser la reina y señora de las ciencias. Apoyada en la divina revelación por una parte, y constituida por el raciocinio por otra, abarca en sí todo lo que la revelación y la ciencia pueden enseñar sobre Dios, el hombre y el universo en sus más capitales problemas. La investigación de aquellas verdades naturales, que son el preámbulo de la fe, los motivos de credibilidad, que nos llevan á sus umbrales, los dogmas, su conexión, las deducciones, á que se prestan la defensa de todos y cada uno de ellos, de los argumentos que la falsa ciencia

ha amontonado contra los mismos; he aquí lo que es la Teología, y bien se comprende que para defender la doctrina sagrada contra la falsa ciencia se necesita de la ciencia verdadera y pasar continuamente de uno á otro conocimiento, de la fe á la razón, abrazarlas en una sola mirada y darles armonía y unidad.

Apenas hay ramo alguno del humano saber de que se pueda prescindir para que la doctrina revelada se presente como es y ostente los títulos de credibilidad, los signos de verdad, que tiene para que pueda atraer á los que estén fuera de la Iglesia y nutrir la fe de los que estén en su seno. No demandó Jesucristo la fe como un movimiento ciego del alma sino como un *obsequio razonable*, que apoyaba en los milagros y en los vaticinios, y la Iglesia que perpetúa en el mundo el magisterio de Jesucristo, al enseñar y exigir la fe sigue el mismo procedimiento. Muestra al extraño el camino que tiene abierto para llegar á ella, combate al novador con la posesión de la verdad y enseña al hijo sumiso el progreso en la ciencia de los santos. Para cada uno tiene una palabra propia, una contestación para todas las objeciones, un secreto para vencer todas las rebeldías y convertir lo mismo al sencillo que al filósofo libre en humilde creyente.

Así ha respondido la Iglesia á todas las exigencias del espíritu humano. Jamás le han faltado los medios de hacer frente á todos los errores; y hombres ilustres que contribuyesen al triunfo de la verdad. Los apologistas de la religión cristiana en los primeros siglos eran eminentes filósofos, que auxiliaron mucho la acción del Evangelio, y los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, forman un catálogo de sabios de primer orden, que son su gloria. Cada uno de ellos, al rebatir las herejías de su siglo y defender la religión cristiana, rebatía también los errores de las escuelas de que aquellas nacían y establecían una sólida doctrina filosófica que estaba en armonía con la fe. De este trabajo de siglos resultó la filosofía cristiana, la

filosofía depurada de todo error, la filosofía nacida de la Teología y aliada de la religión; esa filosofía que allana el camino de la fe, y le presta armas para su defensa desenvolviéndole la ilustración, que de ella ha recibido; esa filosofía que con principios propios y método propio establece científicamente las verdades del orden natural que la revelación de un modo superior enseña, y demuestra las que son base de la credibilidad de la fe; esa filosofía, en fin, que con tanto provecho para el bien de la religión se emplea en la polémica religiosa y en la apología del cristianismo. Santo Tomás de Aquino es el fundador de una escuela filosófica que ha prestado mejor que ninguna otra esos importantes servicios á la Religión. Como teólogo y como filósofo no ha tenido rival y bien puede decirse que es una de las glorias más puras del linaje humano. De fe profunda y dotado á la vez de un entendimiento claro y penetrante, reunió todos los conocimientos de las ciencias divinas y humanas, y formó de todos ellos un conjunto armonioso organizándolos como un ejército ordenado bajo la sabiduría eterna del Verbo encarnado. Su obra inmortal, la *Suma Teológica* es el libro más acabado de fe y razón, que ha salido de las manos de los hombres. Es el resumen de la doctrina de la Biblia, de los Concilios, de los Santos Padres, de los Doctores y escritores eclesiásticos; la exposición más perfecta del dogma católico y de la Doctrina filosófica, una obra en que al lado de la investigación del dogma y de sus profundidades misteriosas, figura la de los problemas más capitales que la filosofía se propone. En una sola mirada abarca la verdad de fe y la verdad de la ciencia y las enlaza haciendo servir la una para el esclarecimiento y comprobación de la otra, y siempre con juicio seguro, con raciocinio el más exacto, invocando los más elevados principios de la razón. Las ciencias físicas han podido adelantar y han adelantado desde Santo Tomás; pero en las propiamente filosóficas, en la psicología, cosmología, ontología, ideología, la

teodicea y ética, nada importante se ha podido añadir á la enseñanza del santo Doctor; y es cosa digna de notarse que cuantas veces se han abandonado los principios de la filosofía del Santo, se ha ido á perder la ciencia, cuando no en lamentables extravíos, en teorías inseguras ó peligrosas y menos á propósito siempre para sostener la verdad. Santo Tomás no ha tenido sucesor. El pensador que en los seis siglos últimos ha hecho pensar á tantos otros, el fundador de la escuela que tantos sabios ha formado en ese largo trascurso de tiempo, no ha sido igualado por ninguno de ellos, ni por ningún otro formado fuera de su escuela. Nadie ha podido seguirle á aquellas alturas á donde él con su entendimiento de ángel supo remontarse. Todo lo que respira fe en el mundo católico le ha admirado y amado, y todo lo que respira incredulidad ha tropezado en su saber y le ha aborrecido. De él podemos decir lo que San Jerónimo decía de San Agustín: «Todos los católicos os aman, y lo que es más glorioso aun, todos los herejes os aborrecen.» Sabidas son de todos aquellas palabras de un heresiarca del siglo diez y seis: *Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam Dei.*

Fué el Santo Doctor la personificación del saber y de la santidad, de la fe y de la ciencia. Al colocarle la Iglesia en los altares y obligarnos á venerarle, honramos en él todas esas cosas juntas. No parece sino que Dios le suscitó para dar una dirección cristiana al movimiento intelectual de su siglo y de los posteriores, y para dejar una prueba permanente de que la ciencia no puede desenvolverse ni progresar con seguridad sino á la sombra de la fe, como expresión de la ciencia divina. Compárense las soluciones de los filósofos libre-pensadores con las de Santo Tomás en las cuestiones fundamentales de la filosofía, procedimiento con procedimiento y razones con razones, y no podrá menos de reconocerse la superioridad del Santo sobre todos los filósofos que se han desentendido de la doctrina revelada. Quienquiera

que se tome el trabajo de estudiar á Santo Tomás, echará de ver luego en sus escritos, que tiene delante de sí al razonador vigoroso que sin disimular los argumentos del adversario sabe afrontarlos y exponer los suyos con la calma del que domina la cuestión. Allí nunca se descubren las huellas del sofista. Cada artículo comienza por las objeciones del punto en cuestión, viene enseguida la exposición de la verdad con las pruebas de ella, y por último la solución á las dificultades; y siempre con sencillez, con claridad, sin más ornato que el del raciocinio limpio que emplea. Nada de digresiones inútiles, nada de vaguedades, nada que recargue y dificulte la percepción; desde el primer paso está en el fondo de la cuestión, que sigue tratando de una manera precisa, como el método geométrico empleado en una demostración. Luz y más luz, razonar no perorar ni disimular: eso es lo único que pide para resolver una cuestión y establecer una verdad.

Creemos que el espíritu humano comienza ya á fatigarse de las locuras y errores de la escuela racionalista, que por lo extremados degradan ya en demasía. Algunas veces parece que revela cierto cansancio, como si comenzasen á hacerles insostenibles. De todas maneras es lo cierto que no se puede descender más en ese camino sin ahogar la razón humana y perder la cordura, y que ha de venir una reacción en favor de la verdadera ciencia que marcha de acuerdo con la fe. La restauración de la filosofía de Santo Tomás, que la Encíclica se propone llevar á cabo, prepara el camino á esa reacción, y el día que esa filosofía sea la doctrina de los hombres de letras, de los que cultivan las ciencias, ese día será también el del triunfo de la Iglesia. La impiedad grosera, lo mismo que la impiedad culta, que pretende cubrirse con el manto de la sabiduría, habrán desaparecido, y habrá caído la barrera que cierra á los hombres el paso á las creencias. Se ha dicho con mucha verdad que la razón nos conduce á los umbrales de la fe y allí nos deja. Y ciertamente que las convicciones natu-

rales formadas con el recto uso de la razón, nos conducen como por la mano á conocer á Jesucristo y su Iglesia. El que ve á Dios en el universo, le reconoce como su hacedor y admira su grandeza, cantada por los cielos; el que reconoce su providencia y su justicia, se considera obligado á rendirle culto religioso; el que estudia cuál es el más digno de la santidad de su nombre y los títulos de cada uno de ellos al respeto humano, no tarda en caer de rodillas ante la cruz de Jesucristo y honrarle en la Iglesia católica que fundó, y en la cual vive y se le ve presente en su magestuosa carrera al través de los siglos. En aquellas verdades se respira la atmósfera de la fe, y en este sentido bien puede decirse que el alma es naturalmente cristiana. En ese estado no hay idea en inteligencia ni fibra en el corazón, que no respondan al último llamamiento de Dios, que no tarda en hacerse oír, y al escuchar el hombre su voz, sin vacilar que es Jesucristo quien le llama, se levanta al momento y sale á su encuentro. Bien diversa es en frente de la fe cristiana la posición del que se extravía en la indiferencia ó el error.

No hay en su alma cosa que no le aleje á Dios y no repela su gracia. ¿Cómo se logrará acercar á Dios al que marcha en sentido opuesto y se aleja? ¿Qué reflexiones podrán hacerse á aquella alma inerte que proclama la indiferencia con la norma de su vida, para agitarla con el interés por la verdad y deseo de llegar á ella? ¿Qué armas puede esgrimir el apóstol de la fe para hacer penetrar un rayo de luz sobrenatural en el filósofo que en las puertas mismas de filosofía, al examinar los criterios de la verdad, se lanza en el escepticismo proclamando la duda universal, ó confunde á Dios con el mundo, ó asimila su existencia á la del gusano que vive de la hoja de la flor de un día? Al que se acerca á Dios, dice el Apóstol, le es necesario creer ante todas cosas, que hay Dios y que es reenumerador. «Accedentem ad Deum oportet credere quia est et in-

quirentibus se renumerator sit (1). El filosofismo combate esas verdades. Tócale vengarlas á la filosofía católica, y demostrar una vez más que, en manos del hombre de la naturaleza, se pierde todo, hasta el patrimonio de las verdades universales del género humano, y que el hombre de la fe lo rescata; que el hombre de la fe no deja de ser por eso el hombre de la razón, sino que la perfecciona; que el sabio de la naturaleza al elevarse por la gracia al orden sobrenatural, no deja de ser sabio, sino que lo es más y con más seguridad. La filosofía de Santo Tomás es el arsenal que presta las armas de mejor temple para imponer silencio al orgullo y matar cualquier error. En sus obras no solamente está acumulada la ciencia de todos los siglos anteriores, sino que también se anticipó á señalar los errores, que después habían de nacer, y los combatió. A su mirada certera no se le escapó nada y su gran genio descubría siempre el mejor punto de vista para resolver todas las cuestiones y llevar la convicción al alma de su discípulo. Santo Tomás no necesita más que una cosa para formar al sabio en toda la medida de su talento: ser estudiado. En nuestro Seminario Conciliar nada tenemos que hacer para que sigan los estudios la dirección señalada por la Encíclica. La suma de Santo Tomás es ya de antiguo la obra de texto en los estudios de Teología, y no nos pena tener un clero nutrido en su doctrina y educado en el Seminario que tiene la honrosa tradición de ser tomista. Pero aunque nos prometamos mucho del clero para impulsar el movimiento intelectual hacia la doctrina filosófica de Santo Tomás, no basta sin embargo para la restauración que es el objeto de la Encíclica; es preciso que secunden el pensamiento todos los católicos, que se dedican á esta clase de estudios. La empresa es grande y no puede ser sino la obra de todos. En tiempos de recio y general combate ninguno puede permitirse el descanso. Cada defensor de la verdadera doctrina filosófica es un após-

(1) A Hebreos. C. 11, v. 6.

tol, que prepara el reinado de Jesucristo en todos aquellos á quienes lleva sus convicciones, y sostiene á la vez los intereses más vitales de la sociedad. Está amenazado todo, hasta la familia. Justo y necesario es que todos la defiendan y defiendan la sociedad contra la anarquía y subversión de todo, con aquellas teorías tan sensatas de Santo Tomás sobre la libertad humana, sobre el origen divino de la autoridad, sobre la naturaleza de la ley y sobre deberes mutuos de los que imperan y de los que obedecen. El mal ha crecido mucho y pide una resistencia grande y enérgica. Muchas veces entre los rugidos de odio hemos oído todos la amenaza de los impíos: «Sit autem fortitudo nostra lex justitiæ.» Y sea nuestra fortaleza la ley de la justicia (1). Los esfuerzos de todos, y Dios que los bendice, pueden todavía remediar las desgracias.

Dada en Pamplona á 25 de Octubre de 1879.—JOSÉ, Obispo de Pamplona.

Por mandato de su S. I. el Obispo, mi Señor.—Dr. Antonio Pueyo—Maestrescuela, Secretario.»

N. B.—Dicha pastoral se encuentra, en el *Boletín Eclesiástico* del Obispado de Pamplona, pág. 321, número 339, del año 1879.

ARTÍCULO V

CARTA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE, POR LA DIVINA PROVIDENCIA, LEÓN PAPA XIII, AL EMINENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO CARDENAL DE LUCA, PREFECTO DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE ESTUDIOS

Venerable Hermano: Salud y bendición apostólica.

Hace mucho tiempo que la *reflexión* y la *experiencia* Nos han convencido de que la cruelísima guerra que se hace actualmente á la Iglesia y á la humana sociedad, sólo puede tener término, con la ayuda de Dios, *restaurarán en todas*

(1) Sapient 2. v. 11.

partes los rectos principior del saber y del obrar por medio de las filosóficas disciplinas; y así creemos que *debe* procurarse en primer término que florezca de nuevo en todas partes la sana y sólida filosofía. Por ésto poco ha enviamos Cartas Encíclicas á todos los Obispos del Orbe Católico, en las cuales demostramos de muchos modos que no se ha de buscar este género de utilidad en otra filosofía que en la *cristiana* de los antiguos Padres de la Iglesia, la cual no sólo conviene grandemente á la fe católica, sino que también presta útiles auxilios para la explicación de muchas cosas oscuras ó difíciles de comprender y para la defensa de la fe. Aquella, recomendamos, que tan *grandes frutos* ha producido en el transcurso de las edades, aceptada como por *derecho hereditario*, por Santo Tomás de Aquino, el primero de los Maestros de los escolásticos, toda vez que en *ordenarla*, *ilustrarla* y *comentarla*, de tal modo brillaron la fuerza y virtud de su entendimiento, que parece que *llenó con creces la medida de su nombre de Doctor Angélico*.

Y principalmente hemos exhortado á los Obispos á que, unidas sus fuerzas á las nuestras, procuren por todos los medios posibles que esta antigua filosofía *ocupe el antiguo asiento de preferencia en las escuelas Católicas*.

Nos ha alegrado grandemente el ánimo que aquellas Nuestras Cartas, favorecidas con el auxilio divino, hayan sido muy bien recibidas en todas partes y alcanzado singular asenso de los entendimientos; como lo prueban abundantemente muchas extensas cartas, que Nos han dirigido principalmente de Italia, de Francia, España é Irlanda los Obispos, ya particularmente, ya agrupados, por provincias ó regiones, y en las cuales manifiestan las excelentes disposiciones de su ánimo. Tampoco nos han faltado los votos de los hombres doctos, espontánea y reverentemente dados, habiéndonos declarado claramente por escrito aquel mismo parecer insignes Academias de eruditos y los presidentes de corporaciones religiosas. Pero en realidad lo que grandemente satisface de estas cartas, es la obediencia que

revelan á Nuestra Autoridad, y á esta Apostólica Sede; agradan también los pensamientos y los juicios expresados por sus autores. Una es la voz de todos, uno su parecer: notar y designar de acuerdo siempre con nuestras Cartas *dónde está la raíz de los presentes males y dónde se ha de buscar el remedio*. Todos convienen en que la razón humana corre peligro de caer en la duda y en el error, si se aparta de la divina autoridad de la fe católica, y en que estos peligros pueden fácilmente evitarse, si los hombres se refugian en la filosofía católica. Por lo cual, Venerable Hermano, deseamos grandemente que la doctrina de Santo Tomás, *no sólo sea restaurada cuanto antes en todos los establecimientos de enseñanza católicos*, sino que principalmente en esta ciudad, la primera del orbe católico, porque siendo la Sede del Sumo Pontífice, debe ir delante de las demás en el aprecio de las mejores doctrinas. Sucede además que, siendo Roma centro de la unidad católica, á ella acuden frecuentemente jóvenes de todas las partes del mundo para aprender cerca de la Augusta Cátedra de San Pedro la verdadera sabiduría.

Por lo tanto, si de aquí mana gran copia de la filosofía cristiana, de que hablamos, no quedará estancada dentro de los muros de esta ciudad, sino que llegará á todos los pueblos, como abundantísimo río. Así, pues, procuraremos en primer lugar que en el Seminario Romano, en el Liceo Gregoriano, en el Urbano y en los demás colegios sujetos á nuestra autoridad, sean extensamente explicadas y claramente enseñadas las filosóficas disciplinas, *según la mente y principios del Doctor Angélico*. Y queremos que todos los doctores pongan todo el esfuerzo posible y todo cuidado en que todas las riquezas de esta doctrina sean sacadas diligentemente de los volúmenes de Santo Tomás, y que explicadas y comentadas, sean comunicadas suavemente y con fruto á los oyentes. Pero á fin de que se robustezcan y florezcan estos estudios, *se ha de procurar* que los amantes de la filosofía escolástica se esfuerzen, cuanto puedan, cui-

dadosamente en su favor, especialmente que se reúnan en sociedades y tengan asimismo reuniones á las cuales cada uno de ellos aporte los frutos de sus estudios, contribuyendo á la utilidad común. Queremos, pues, Venerable Hermano, que presides en la sagrada Congregación los estudios de las ciencias, comunicarte estos juicios y nuestro pensamiento, gozando en la esperanza cierta de que en este asunto no ha de faltaros ni tu habilidad ni tu prudencia.

No se te oculta, ciertamente, que las reuniones de hombres doctos ó academias fueron como nobilísimas palestras, en las cuales los varones sutiles en ingenio, aventajados en doctrina, al tiempo que ellos mismos se ejercitaban útilmente escribiendo y disputando acerca de cosas elevadas, enseñaban á los jóvenes, con notable progreso de las ciencias. Debido á esta excelente costumbre y hábito de adunar las fuerzas y juntar las luces de la inteligencia, aparecieron ilustres colegios de Doctores, dedicados unos á muchas ciencias, otros á alguna determinada. Permaneció perdurable la fama y gloria de aquellos que, habiendo sido favorecidos por los Romanos Pontífices, florecieron por todas partes como en nuestra Italia, los de Bolonia, Padua, Salerno y otros en otras partes. Habiendo sido, pues, tan grande la prez y utilidad de estas reuniones voluntarias de hombres, que se juntaban para cultivar y perfeccionar las ciencias, y como quiera que todavía resta mucho de su utilidad y loa, tenemos por acertado usar del mismo auxilio para llevar á cabo más perfectamente nuestro proyecto. Por esto determinamos que se funde en Roma una Academia que, con el nombre y bajo el patrocinio del insigne Santo Tomás de Aquino, convierta su aplicación y habilidad á explicar é ilustrar sus obras; exponga sus opiniones comparándolas con las opiniones de los demás filósofos, ora antiguos, ora modernos; demuestre la fuerza y las razones de sus dictámenes, y se aplique á la refutación de los errores mortíferos recientemente inventados.

Por tanto, te encomendamos este asunto, Venerable Hermano Nuestro, cuyo esplendor de doctrina, agudeza de ingenio y amor á todas las cosas que atañen á la humanidad conocemos, á fin de que lleves á cabo nuestro designio. Entre tanto, reflexionarás detenidamente el asunto, y cuando hayas meditado el medio que responda oportunamente á nuestro intento, nos lo someterás por escrito, para que lo examinemos, á fin de aprobarlo y fortalecerlo con nuestra autoridad. Finalmente, á fin de que la sabiduría del Doctor Angélico *se esparza y difunda* más ampliamente, *mandamos que todas sus obras se den á luz integrante*, siguiendo el ejemplo de San Pío V, antecesor nuestro, preclaro por la gloria de las cosas que llevó á cabo y por la santidad de la vida; á quien, en verdad, el éxito respondió tan felizmente en aquel asunto, que los ejemplares de Santo Tomás, divulgados por su mandato, son muy considerados entre los hombres doctos y buscados con grande afán. Mas por cuanto aquella edición es muy rara, se desea otra *comentada* que pueda ser comparada por su excelencia y elevación con la de San Pío. Pues las demás, tanto las antiguas como las modernas, no parecen haber obtenido tanta aprobación, en parte porque *no reproducen todas las obras* de Santo Tomás, en parte porque carecen de los *comentarios de sus mejores intérpretes y comentaristas*, en parte porque han sido dispuestas con poca diligencia. Mas tenemos firme esperanza que á esta necesidad se ha de responder por la nueva edición que abraza todos los escritos del Santo Doctor, impresa, en cuanto sea posible, con las mejores formas de letra y enmendada cuidadosamente, valiéndose del auxilio de los códices manuscritos que salieron á luz en nuestro tiempo. Procuraremos también que se publiquen á la vez las elucidaciones de sus *más esclarecidos intérpretes, como son las de Tomás de Vio*, Cardenal Cayetano, y del *Ferrariense*. En verdad que se presentan al ánimo, ora la grandeza, ora la dificultad de la obra que se ha de llevar á cabo; pero no obstan-

te, esto no impedirá que cuanto antes la emprendamos con gran presteza. Confiamos, pues, que en un asunto tan grave, que toca en gran manera al bien común de la Iglesia, Nos asistirá el divino auxilio y el deseo unánime de los Obispos y tu prudencia y habilidad experimentada ya y conocida ha largo tiempo. Entre tanto, Venerable Hermano, de lo íntimo del corazón te damos la bendición Apostólica, como prenda de nuestro especial amor.

Dado en Roma, en San Pedro á 15 de Octubre de 1879, segundo año de nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

N. B.—Véanse las proposiciones 13 del Syllabus y la 70 de la Constitución de Pío VI: «Auctorem Fidei.»

ARTÍCULO VI

SANTO TOMÁS DE AQUINO, SEGÚN EL P. VIGIL,
OBISPO DE OVIEDO, ORD. PRAED.

I

¡Qué origen tan noble y qué condición tan miserable la de la razón humana! Participación de la razón divina, destinada á medir el anchuroso océano de sus obras, á cantar las armonías de los cielos y la fecundidad de la tierra, empuñaba el cetro de la creación, dictaba leyes á los moradores todos del globo, que se le diera como escabel de su grandeza, y llenaba el corazón de afectos puros para levantar al fin su vuelo hasta el trono de Dios, en las alturas, y descansar allí á sus plantas en la clara intuición de su hermosura. Empero, divorciada de Dios por el pecado, cayó de su mano el cetro angusto, eclipsóse la luz que le animaba, y, encorvada hacia la muerte, vióse extranjera en sus estados, y su autoridad menospreciada por el corazón y las pasiones, y hasta por el mundo exterior, que desconoce á su antigua soberana.